

—¡Ay, que han muerto á mi marido!, gritó Agustina, que había estado mirando la lucha.

—No hay que afligirse, prenda, contesté, que aquí estamos para reemplazarlo en lo que sea necesario. De todos modos usted ya ganando, porque siempre pasará mejor vida de la que llevaba.

Sea que mis palabras la convencieron, sea que mi promesa de reemplazar á Barragan la halagara, el hecho es que Agustina se consoló bien pronto.

—Dispense, amigo, dije, entónces al italiano si he venido á turbar la quietud de su casa, pero cuando yo veo justicias, me pongo peor que un gato á la vista de los ratones: no me consuelo hasta haberle dado en el coco.

—Y mucha razón tiene, contestó aquel hombre, porque ha hecho con usted lo que no es creible. Si no hubiera justicia sobre la tierra, las cosas andarian mucho mejor.

Con más piedad que la merecía, los paisanos sacaron el cuerpo de Barragan, y lo entregaron á un amigo que lo atravesó en el caballo y lo llevó á su casa para darle sepultura.

—Lo que es yo no me voy, gritó Agustina, porque tengo miedo que mi marido resucite y me venga á matar.

—Si el amigo permite, dije entónces, dirigiéndome al italiano, usted se quedará aquí hasta mañana, que yo la vendré á buscar para acompañarla.

Arregladas así las cosas me preparé para retirarme, puesto que ya habia concluido lo que tenia que hacer allí.

Al pasar por delante de la mesa donde estaba la bebida, me vi al soldado con trazas de mamboretá, que seguía durmiendo profundamente la mona.

—A éste me lo llevo yo, dije: esperaré á que se le pase la tranca y después nos veremos las caras en el medio del campo. Estos flacuchos suelen salir muy superiores para el cuchillo.

—Ya basta de sangre, amigo, dijo uno de los paisanos, amigo sin duda del miliciano. Este pobre diablo no puede hacer mal á nadie.

—Imposible, contesté: es justicia y tiene que morir á mis manos. Sobre la tumba de Petrona, primero, y sobre la de Serafin y Comadreja, después, he jurado no dejar con vida á cuanto justicia me caiga á tiro de cuchillo.

—Pero ese hombre está borracho, insistió el mozo, y matarlo así no le va á dar ninguna gloria.

—Yo no he de matarlo así, porque no sé matar con ventaja, repuse; empezando á calentarme.

Lo llevo conmigo para que no se me vaya, y mañana cuando esté fresco, lo mataré luchando con él, como he matado al alcalde Barragan y al mulato, y como mataré á cuanto justicia se me cruce por el camino. Ahora, añadi, si me viera obligado á disparar y tuviera tiempo de llevarlo conmigo, lo mataría así como está no más, para cumplir el triple juramento que me he hecho. La justicia, continué, me ha roto el corazón y pisado sobre sus pedazos sin mirar atrás. Para lograr matarme se han valido de todos los medios que han podido disponer: de la traición del número y de todo genero de madrugones. Y si yo estoy vivo es porque Dios lo ha querido así, sin duda para